

# España y la OTAN

*Pere Ortega*

*Centre Delàs d'Estudis per la Pau*



El 20 de octubre de 1981 *El País* publicaba un sondeo, según el cual, solo el 18% de los españoles se declaraba a favor de que España entrara en la OTAN, mientras que el 52% se declaraba contrario y el resto se abstenía de opinar. Una semana después, a petición del Gobierno de la UCD empezaba en el Congreso de Diputados el debate de la adhesión de España a la Alianza Militar OTAN que se aprobaría por mayoría. La entrada de España se formalizaría el 30 de mayo 1982.

¿Por qué el gobierno español se arriesgó a llevar a cabo la entrada en la OTAN cuándo la mayoría de la población se oponía? En 1981, el gobierno de la UCD atravesaba una grave crisis interna cómo se evidenciaría, un año después, con las elecciones generales de 1982 donde perdió millones de votos, que dio el triunfo por mayoría absoluta al PSOE. ¿Qué había pasado para que la UCD tomara una decisión tan arriesgada y que sin duda contribuyó a que perdiera las elecciones? La respuesta está en las presiones que el gobierno de la UCD recibió tras el intento del golpe de estado perpetrado por los militares el 23 de febrero de 1981.

*La entrada de España en la OTAN supuso integrarse de manera definitiva en el bloque occidental bajo la hegemonía de Estados Unidos e impidió que optase por la vía de la neutralidad*

Tras aquel intento golpista, el nuevo presidente del Gobierno de la UCD, Leopoldo Calvo Sotelo, tomaría una medida que pretendía apaciguar a los militares e impedir nuevos levantamientos: pedir el ingreso de España en la OTAN con la intención de contentar a los militares, con la esperanza de que esta decisión ayudaría a democratizar el ejército, donde la inmensa mayoría de sus altos mandos estaban encuadrados en el pensamiento antidemocrático del franquismo.

Pero el nuevo gobierno del PSOE surgido de las elecciones de 1982 era contrario a la entrada de España en la OTAN y se había comprometido en su campaña electoral a llevar a cabo un referéndum sobre la permanencia en esa organización militar. Empero, a pesar de existir aquel compromiso, el gobierno de Felipe González gradualmente fue cambiando de posición hasta defender la pertenencia de España a la OTAN. Sin embargo, tuvo que celebrar el referéndum, debido a la presión social y a la enorme movilización de la sociedad española.

Durante la campaña del referéndum, el gobierno del PSOE utilizó todos los medios de que disponía el Estado para doblegar la opinión pública contraria a la OTAN. Se establecieron tres limitaciones a la integración en la Alianza Atlántica: 1ª. La participación de España en la Alianza no incluirá su incorporación en la estructura militar integrada. 2ª. Se incluirá la prohibición de instalar, almacenar o introducir armamento nuclear en territorio español. 3ª. Se producirá la reducción progresiva de la presencia militar de los Estados Unidos en España. El resultado final del referéndum celebrado el 12 de marzo de 1986, fue el si a la permanencia.

### **¿Se cumplieron esas tres promesas posteriormente?**

La primera medida no fue respetada, y en 1997 el gobierno de José María Aznar del Partido Popular, de acuerdo con el principal partido de la oposición, el PSOE, acordó integrarse en la estructura militar de mando vulnerando lo votado en el referéndum de 1986.

La segunda, es imposible saber si ha sido respetada, pues el convenio que regula las relaciones de cooperación en materia militar entre Estados Unidos y España, en su Anexo 3, señala: “Ambos gobiernos otorgará ... sin solicitar información sobre el tipo de armas a bordo de los buques... estarán exentos de inspecciones”...<sup>14</sup> Una condición que al ser firmada por el gobierno le incapacitaba para informarse

<sup>14</sup> Convenio del Reino de España y los Estados Unidos de América sobre cooperación para la Defensa. Anexo 3, norma 7. BOE nº. 108, 6 de mayo de 1989

si los buques de EEUU transportaban bombas nucleares y por tanto exigir el cumplimiento de la segunda pregunta del referéndum.

Respecto a la tercera pregunta, si bien se redujo en número de bases, pasando de cuatro (Torrejón de Ardoz, Zaragoza, Morón de la Frontera y Rota) a dos, Rota (Cádiz) y Morón (Sevilla), el número de militares de EEUU con el paso del tiempo aumentó. En la base naval de Rota en 2014, se autorizó la instalación de un escudo antimisiles y se incorporaron cuatro destructores y supuso la incorporación de 1.200 militares y 100 civiles a los ya existentes.<sup>15</sup> En la base aérea de Morón de la Frontera (Sevilla), en 2015 se autorizó la presencia de una fuerza aérea de respuesta rápida adscrita a Africom para proyectarse en la lucha contra el terrorismo en África y puede albergar hasta 21 aeronaves y 2.200 militares y 500 civiles que puede alcanzar un máximo de 3.000 marines (Vilariño, 2015). En definitiva, tampoco se ha cumplido el compromiso adquirido en el referéndum de 1986.

En definitiva, la entrada de España en el Tratado del Atlántico Norte supuso integrarse de manera definitiva en el bloque militar occidental bajo la hegemonía de Estados Unidos quién siempre ha sido su líder indiscutible. Esa integración, impidió que España escogiera el camino de la neutralidad como habían decidido otros países europeos como Suecia, Austria, Finlandia, Suiza, Irlanda y otros Estados de dimensiones más pequeñas, países que no querían verse alineados junto a uno de los dos grandes bloques entonces enfrentados, la URSS y EEUU, en unos años en que era posible una guerra nuclear en suelo europeo. Aquella decisión, condicionó el futuro de la política exterior española y su geopolítica, de la que hoy España sigue siendo dependiente. Es decir, la tan proclamada soberanía continúa estando prisionera de un sistema de seguridad dirigido por Estados Unidos y que ejecuta en muchos casos a través de su brazo militar OTAN.

---

<sup>15</sup> Escudo antimisiles en la base de Rota. Centro Delás, 14/11/2011.

## ANEXO

*Nuestro antiguo colaborador de CEIPAZ, el general Alberto Piris Laespada, fue el militar español que, junto con el Mando Supremo Aliado en Europa, presidió en 1982 la ceremonia de izado de bandera en el Cuartel General Aliado en Casteau (Bélgica). Reproducimos unos extractos de su libro de memorias ("Militar y Demócrata", Grijalbo, Barcelona 1993), relacionados con la entrada de España en la OTAN.*

*España ingresó en la Alianza Atlántica movida por el miedo de la clase política a las Fuerzas Armadas, después del golpe del 23 de febrero de 1981*



*Abril de 1981: La resaca del 23-F*

“...cuando algunas semanas después [del 23-F] conversaba sobre la situación militar española con un importante político de la coalición en el poder, y éste me comentaba que sería preciso ingresar en la OTAN a fin de buscar un objetivo externo que polarizase las inquietudes de las fuerzas armadas y las distrajese de sus propensiones golpistas, tuve la clara sensación de que la incorporación de España a la Alianza Atlántica sería inevitable con cualquier gobierno, por mucho que entonces los socialistas, en la oposición, argumentaran con tanta vehemencia y abundancia de datos en contra del ingreso.

La Alianza Atlántica no sería, pues, la alianza que el pueblo español, recuperado su protagonismo democrático, establecería libremente, en pie de igualdad con otros países, para defender los intereses de España solo si así le convenía, tal como yo lo deseaba y, conmigo, tantos españoles. Sería, sobre todo, una protección interior -vergonzosa y disimulada- de España contra sus propias Fuerzas Armadas, puesto que el Estado se había mostrado inerte ante ellas (y el mismo Rey había manifestado públicamente que lo que hizo aquella noche era posible que no pudiera volver a hacerlo), carente de medios y también de voluntad suficiente para imponerse a sus ostensibles distorsiones funcionales, temeroso siempre de que una reproducción de los hechos del 23-F hiciera planear sobre los españoles la amenaza de un

pinochetismo en versión ibérica, modalidad todavía desconocida pero poco ilusionante para la mayoría de los españoles.

Nuestra adhesión al pacto atlántico vería la luz, por tanto, con una sucia mancha de nacimiento: la que produjo el susto del 23-F. Tardará años -si lo logra- en recuperarse de este defecto original. Al escribirse estas líneas [verano de 1991], nada de lo que entonces supuse ha dejado de ser cierto, aunque todo ello quede ya oculto bajo los tópicos de la defensa de Occidente, de no perder el tren de la modernización tecnológica o de cumplir con la cuota de responsabilidad en la defensa europea. España ingresó en la Alianza Atlántica movida en primer lugar por el miedo que la clase política española cobró a sus propias fuerzas armadas el 23 de febrero de 1981, pues muchos de sus más dignos prohombres contemplaron muy de cerca con sus propios ojos las patas de los escaños mientras del techo se desprendían fragmentos de escayola sacudidos por los balazos. Si esta infausta fecha no hubiera existido, es probable que hoy España, miembro también a la larga de la CEE [Comunidad Económica Europea, antecesora de la Unión Europea] por el propio interés de ésta, formara parte de un bloque europeo de países no alineados”.

#### *1982: España en la Alianza Atlántica*

“En contra de lo que algunos venían advirtiendo, en el sentido de que en la era nuclear la guerra ya no era posible porque no podía servir más a los fines políticos, el conflicto de las Malvinas, que se desarrolló de abril a junio de 1982, vino a mostrar que todavía la guerra seguía siendo instrumento de la política (...).

Mientras en los mares australes se batían desigualmente británicos y argentinos, yo presenciaba, entre desconcertado y preocupado, la carrera que nuestro país había iniciado, desaladamente, para conseguir ingresar en la Alianza Atlántica lo antes posible y sin que importara mucho el modo en que esto se hiciese. Fui testigo de la inicial sorpresa de algunos de los que pronto serían nuestros aliados, con quienes manteníamos ya estrechos contactos a nivel técnico, cuando advirtieron que España no pedía nada a cambio de todo lo que con su ingreso proporcionaba a la Alianza, aunque no fuese más que el síntoma de vitalidad que significaba ser capaz de suscitar nuevas adhesiones veintisiete años después del último ingreso, el de la República Federal de Alemania, en 1955. Me resultaba poco comprensible que España no pidiera nada concreto a cambio, haciendo tal favor a la OTAN con la simple adhesión al tratado, aparte del consiguiente incremento en muchas cifras estadísticas: población, PNB, recursos, fuerzas armadas, etc., y su fácil utilización propagandística, en una época que la Alianza atravesaba una grave crisis de identidad y proliferaban los conflictos internos.

En lo que pude, y dentro de mis responsabilidades concretas, informé a mis superiores militares de la conveniencia de exigir, lo antes posible, todo aquello que pudiera beneficiar a España como contrapartida previa a la simple adhesión, y por supuesto, mucho antes de empezar a tratar sobre los términos en que se llevaría a cabo nuestra previsible vinculación militar a la

*La burocracia  
otánica tiene  
vida propia y  
constituye un  
sistema cerrado,  
autónomo, que  
se alimenta a si  
mismo*

OTAN. Había desconcierto en Madrid entre las diversas autoridades políticas relacionadas con las negociaciones en curso, o, al menos, así se veía esto desde Bruselas. Previendo que alguna vez se habría de celebrar la ceremonia de izado de la bandera española en el cuartel general de la OTAN, en Bruselas, hacía falta para ello conseguir lo más simple: la propia bandera. Tuve que encargarme de ello, en estrecha relación con los responsables de protocolo de la OTAN, que hacían todo lo posible por atenderme solícitamente. Decidí que se utilizara la nueva bandera española con el escudo nacional. Como conseguir una bandera de este tipo parecía ser algo más difícil que izar un simple trapo bicolor, adquirible en cualquier tienda de Bruselas, el entonces embajador [...] me instaba así, impaciente:

– Por favor, coronel Piris, no me arme líos con eso de las banderas. Aquí entramos en la OTAN como sea, con bandera o sin bandera, me es igual. No quiero que por esa causa se pueda perder más tiempo.

Estaba claro que, en ese ambiente inicial de adhesión incondicional, era utópico pensar en unas negociaciones previas que pudieran favorecer los intereses españoles. Incluso hubo un destacado diplomático que llegó de Madrid con un informe escrito con el que pretendía demostrarme que en los centros oficiales no era necesario que la bandera llevara el escudo nacional.

No estaba dispuesto a ceder tan fácilmente en este asunto -ya que la exigencia de contrapartidas la daba por perdida- pues en cierto modo me consideraba, en tanto que el militar de más categoría en la misión diplomática, algo responsable del buen uso de la bandera española en tan destacadas circunstancias. Logré por fin, tras intensas negociaciones personales, que el día en cuestión [...] se izara una decorosa bandera nacional en la sede central de la Alianza Atlántica.

[...] Análoga ceremonia [tuvo lugar] en el Cuartel General del SHAPE, (Mando Aliado Supremo en Europa) codo a codo con su jefe, el general Rogers, quien, para mostrar que en su ámbito de mando los políticos tenían poco que decir y que se trataba de un asunto “entre militares”, relegó al embajador a las filas de los invitados haciéndome subir al podio presidencial. No era yo partidario de tales descortesías -por muy simbólicas que pudieran ser- y además me sentía más solidario con mi embajador, en tanto que español, que con el general, en tanto que militar (cosa no frecuente en el ámbito de la OTAN como pudiera parecer), pero en la necesidad de mantener un difícil equilibrio entre lo civil y lo militar -objeto de frecuente conflictos en el seno de la Alianza Atlántica- hice lo posible por contentar a todos sin herir a nadie. Creí haberlo logrado. La posterior llegada a Bruselas de los miembros que compondrían la delegación española en la OTAN y la constitución oficial de esta nueva embajada me hicieron desligarme de los problemas directos de las relaciones españolas con la Alianza, después de haber contemplado en primera fila de butacas el germen de nuestra entrada en ella. [...]

Llegué a conocer personalmente, además, a muchos miembros de lo que tenía todas las características para configurarse como una burocracia militar internacional; contemplaba de cerca su dinámica social interna y quería ir

descubriendo hasta qué punto existía ya una verdadera tecnocracia de la defensa capaz de funcionar de modo autónomo, con independencia de la percepción que los pueblos puedan sentir de su propia seguridad. Tuve ocasión de tratar a embajadores y alto personal diplomático que se sentían más cerca de los demás miembros de la elite diplomática internacional que de su propios pueblos, y militares más propensos a intimar ideológicamente con otros militares otánicos que a sentirse servidores de la política nacional. Estaba claro que los intereses burocráticos de la enorme alianza occidental podían fácilmente asimilar a muchas personas que, halagadas por el resplandor propio de las funciones casi diplomáticas que realizaban en el seno de la Alianza Atlántica [...], perdían paulatinamente el contacto con la realidad social de sus propios países.

Empezaba a percibir, desde la atalaya económica mundial que es Bruselas, los efectos de la carrera de armamento en los países del Tercer Mundo, y las relaciones entre el subdesarrollo de esos pueblos y la dinámica militar armamentista del mundo desarrollado, y sobre todo en el ámbito de los países de la Alianza Atlántica, que eran el objeto más concreto de mis observaciones y reflexiones”.

*Diciembre de 1987, tras un seminario celebrado en Inglaterra para oficiales superiores de la OTAN:*

“... pude confirmar [...] que la burocracia otánica tiene vida propia y constituye un sistema cerrado, autónomo, que se realimenta a sí mismo. Muchos de los asistentes al seminario se conocían ya desde antes, llevaban años desempeñando cargos diversos en la OTAN y habían establecido amistosas relaciones personales. Algunos de ellos, incluso, podrían llegar a ser tenidos como especialistas en OTAN, aunque esto es cosa que se comprende al saber que en estos destinos se perciben sueldos más altos, se obtienen algunas ventajas no despreciables de tipo diplomático y, en fin, se vive más a tono con la elite burocrática internacional que con el soldado que permanece de guarnición en su propio país. La mayoría de ellos sufrían un gran disgusto al saber que tenían que regresar a su país para mandar un regimiento.

Uno de los puntos en que todos aquellos funcionarios uniformados coincidían ostensiblemente era el desprecio por los políticos en general (*the politicians*, como se les llamaba), pues tales seres constituyen una clase incómoda, cuya misión, por lo general, no es otra que minar la eficacia y la rapidez de respuesta de la institución militar en todos los países y dedicar gran parte de su tiempo a buscar votos mediante promesas que nunca cumplirán y solo producirán molestias para el eficaz desarrollo de la defensa nacional. Esto no se explicaba tan claramente, como es natural, pero se deducía sin mucho esfuerzo de las distintas ponencias expuestas y más todavía de las distendidas charlas privadas. Aún era más claro el desprecio por los políticos nominalmente de izquierda, tenidos por individuos anómalos que no sentían debidamente la presión del enemigo soviético, con lo que complicaban innecesariamente la cosas al poner en contra de la institución militar a algunos sectores de la población”.